

La memoria de los Ángeles. Capítulo 2.

Juan Loreto Medina Galera



Image not found.

Capítulo 1

La Memoria de los Ángeles. Capítulo 2.

2. Del Libro de María de los Ángeles: Mariángeles

Otoño, 1966

Comenzaré mi relato en el otoño de 1966. El barrio de San Matías, en Granada, se encontraba por aquel entonces atrapado en un ambiente de decadencia y abandono que lo embrutecía, pero que a la vez le otorgaba un aire de heroico superviviente ante la adversidad, envolviendo sus conventos vacíos, sus casonas tapiadas y algún que otro palacio en ruinas, en una aureola de bruma romántica. Abundaban en el barrio los callejones oscuros e insalubres, donde la bruma romántica se disfrazaba de niebla inmundita con hedor a orines y a sueño roto, aunque por eso mismo muy discretos, y con la ventaja añadida de encontrarse en el centro de la ciudad. Esto los hacía perfectos para escabullirse por ellos en cualquier rato perdido —muchos funcionarios y albañiles aprovechaban la hora del bocadillo—, con el fin de comprar unos minutos de placer furtivo.

Ese fue el motivo por el que mi madre, al igual que muchas otras prostitutas antes que ella, lo había escogido para ejercer su oficio. Yo vivía con ella y con la Encarna en una casa húmeda, encajonada al final de uno de aquellos callejones sin salida, donde a causa de la estrechez y de la altura de los edificios colindantes —un palacio abandonado y un convento tras cuyas celosías se adivinaba a veces la silueta de alguna monja curiosa—, nunca penetraba la luz del sol.

La Encarna (pido perdón por usar el artículo para nombrarla, pero me resultaría antinatural llamarla de otra manera: sería como amputar una parte de su alma), la Encarna, como decía, no tanto por su edad —apenas contaba con cuarenta años—, sino por su aspecto erosionado por muchos años de mala vida, ya había sido declarada obsoleta para el oficio. En su lugar ejercía de portera de burdel y de esclava para mi madre a cambio de cama, comida, whisky y tres paquetes de cigarrillos Celtas Cortos a la semana. Se pasaba todo el día y gran parte de la noche sentada en la puerta, en un desgastado sillón de mimbre casi tan ancho como todo el callejón, donde, con el paso del tiempo, se había quedado estampada la forma de su culo. Permanecía pendiente siempre de la llegada de algún cliente, y vigilante para espantar a los frecuentes transeúntes en apuros que pretendían usar el lugar como retrete improvisado. Su silueta voluminosa se recortaba contra el fondo de la calleja, iluminada por la luz amarillenta de una bombilla que, encendida noche y día, pendía de un portalámparas de loza clavado en la pared.

La única mañana que amaneció translúcida en aquel sombrío mes de octubre de 1966, la Encarna se encontraba, como siempre, sentada en su sillón, repasando las fotos en blanco y negro de una revista del corazón —no sabía leer—, cuando escuchó los pasos de alguien que se acercaba. Se puso de pie y se estiró la camiseta para alisarse las arrugas y sacudirse las migajas de una magdalena que se acababa de desayunar, mientras guiñaba los ojos en un intento de aguzar la vista —también era miope la pobre, pero nunca consintió en ponerse gafas—. Cuando el desconocido estuvo suficientemente cerca, pudo ver que se trataba de un señor cuya calva relucía como mármol pulido al reflejar la bombilla de la pared, de más de sesenta años de edad, con un voluminoso abdomen milagrosamente sostenido sobre dos apéndices de alambre en forma de paréntesis, que hacían las veces de piernas, y que apestaba a sudor añejo de sobaco desatendido fumigado con colonia Varón Dandy.

—Buenos días —saludó el desconocido mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo salpicado de costrillas verdosas.

—Buenas —contestó ella.

—¿Está la Lety?

—Sí. Espera que la llame. —Apartó hacia un lado la cortina de terciopelo azul marino que cubría la entrada de la casa y voceó—: ¡Lety, aquí hay un hombre que pregunta por ti!

Se quedó esperando respuesta durante varios segundos y, al no obtenerla, volvió a gritar: « ¡Lety, que te buscan! »

—¡Que esperen, coño, que estoy ocupá! —ladró mi madre desde el piso de arriba, con su voz ronca de tinaja rota—. ¿Quién es?

—Dile que soy Mariano el de las Telas —anunció el desconocido.

—¡Mariano el de las Telas!

—Que pase y que se asiente, que ya me queda poco —ordenó mi madre—. Y llama a la Mariángeles pa que le ponga algo de beber.

La puerta de entrada se abría directamente a una habitación amplia, que ocupaba toda la planta baja junto con la cocina. Las baldosas del suelo habían perdido hacía lustros su color y su adherencia, y algunas gruñían como criaturas vivas al pisarlas. El mobiliario lo formaban un sofá de escay rojizo plagado de cicatrices de cigarrillo y una mesa camilla con enaguas de raso violeta, sobre la que destacaba un cenicero triangular de color amarillo con la palabra Cinzano en cada uno de sus lados. Pegada a las paredes se repartía media docena de sillas de enea deshilachada, y el esqueleto de una radio de madera con los cantos roídos por los ratones se

asomaba a un aparador sin puertas excavado en un muro. El baño consistía en un estrecho habitáculo en forma de triángulo escaleno empotrado en el hueco de la escalera, con un agujero hediondo en el suelo que hacía las veces de retrete. Impregnaba el ambiente un tufo rancio a colillas de tabaco, a whisky derramado y a tristeza, matizado en los días de tormenta por un buqué a mierda fermentada que emanaba del váter, impulsado por el reflujo de las alcantarillas saturadas de lluvia.

Mariano el de las Telas se deshizo de la pelliza de franela que vestía, la arrojó encima de una de las sillas y se derrumbó sobre el sofá, emitiendo un gruñido de placer. Yo, obedeciendo a mi madre, le acerqué una copa de anís en una bandeja de pasta verde y, sin decir nada ni mirarlo a los ojos, se la ofrecí. Al levantar la mano para coger el vaso, los efluvios de su axila, despojada de la capa protectora de la franela, asaltaron mis fosas nasales y tuve que reprimir una arcada.

—Así que tú eres la Mariángeles, la hija de la Lety —comentó Mariano paladeando un sorbo de anís.

—Sí —contesté mientras recogía la pelliza y la enganchaba en una alcayata clavada detrás de la puerta—. Mi madre está ocupá con otro cliente, pero ya le queda poco pa acabar.

—¿Y tú? —babeó Mariano, escrutando con descaro mis pechos, que, a mis quince años, ya abultaban bajo el vestido—. ¿Te ocupas tú con clientes?

—No. Yo sólo los aliño con whisky y anís —contesté, esta vez mirándolo a los ojos.

—A ella la tengo reservá —rugió mi madre apareciendo de pronto en la habitación. La seguía un hombre alto y muy delgado, que farfulló un buenos días sin alzar la mirada del suelo, y salió a la calle.

—¿Reservá? ¿Pa quién? ¿No tendrás pensao casarla virgen? —se burló Mariano con una mueca de risa que dejó al descubierto una prominente dentadura amarillenta con reflejos marrones de sarro fosilizado.

—¡Qué casarla virgen ni qué pollas en vinagre! Esa va pa puta, como Dios, con perdón, manda. Que mi familia lleva muchas generaciones produciendo las mejores putas de Graná. Pero el tío que se quiera comer su pañuelo me tiene que soltar primero un buen puñado de cuartos.

—Ah ¿sí? —se interesó Mariano— ¿Cómo de grande tiene que ser ese puñado de cuartos?

—¿No me digas que quieres ser el primero en catar a mi niña? —replicó mi

madre orgullosa.

—Si es tan buena como su madre en la cama... Pero claro, depende de que no te pases pidiendo.

—Seguro que podemos entendernos...

Yo escuchaba la conversación desde la cocina, oculta tras la cortina de cintas de plástico que cubría la puerta. Siempre había sabido que tarde o temprano llegaría el momento, y había logrado convencerme a mí misma de que no tenía por qué temerlo. Después de todo, ese iba a ser mi oficio, y debía aprender a ejercerlo para ganarme la vida... Sin embargo, cuando me di cuenta de que la hora de la verdad había llegado sentí asco, y noté cómo el miedo me estrangulaba las tripas como una culebra. Pero ningún miedo era mayor que el terror que me inspiraba mi madre y, cuando escuché que me llamaba, acudí y obedecí en silencio.